

Disney
PESADILLA ANTES DE NAVIDAD
DE TIM BURTON

LARGA VIDA A LA REINA DE HALLOWEEN

SHEA ERNSHAW



Disney
PESADILLA ANTES DE NAVIDAD
DE TIM BURTON

LARGA VIDA A
LA REINA DE
HALLOWEEN

SHEA ERNSHAW

LIBROS Disney

Publicado originalmente en español por Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2025

Traducido por: Hugo López Araiza Bravo

© 2023 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-19547-51-6

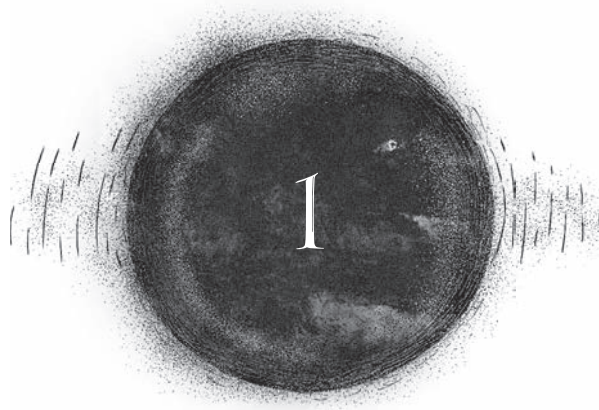
Depósito legal: B. 16.250-2023

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El cielo nocturno de Halloween está salpicado de destellos estelares y en la plaza de la ciudad relucen calabazas de un siniestro color naranja cobrizo. Desde la casa de Jack, en la cima de la colina Calavera, la ciudad se ve distinta: está cubierta de sombras largas como dedos. El aire también huele distinto, a regaliz negro, a alas de cuervo y un poco a mermelada de calabaza; no se parece nada al olor fétido del cloruro de sodio y el alcohol de boticario que inundaba todo el laboratorio del doctor Finkelstein, un sitio que antes era mi hogar, pero también mi cárcel.

Su recuerdo me agita por dentro, entrelazado con una sensación de alivio porque nunca volveré a poner un pie en ese gélido observatorio. Nunca más me desvelaré en una angosta cama carcomida por polillas ni miraré la casa de Jack a lo lejos por la diminuta ventana mientras sueño con vivir entre sus muros algún día.

Me siento como en un cuento de hadas sacado de esos libros con final feliz, esos en los que la princesa irrumpe en el castillo, mata a un dragón y se queda con el reino. Solo que yo no tengo la melena dorada ni los huesos finos. Ni siquiera tengo huesos.

Soy una muñeca de trapo que se casó con el rey esqueleto, que despertó de una ilusión y descubrió que era la heroína de su propio cuento, de un final que aún no se ha escrito porque no ha hecho más que empezar.

Me alejo de la terraza que da al pueblo y regreso al dormitorio que comparto con Jack. Frente al alto espejo con grietas en forma de telaraña que está apoyado contra la inclinada pared, me paso los dedos por el pelo y me lo coloco sobre el hombro. Mis mechones, de un tono escarlata, están tan tiesos como un féretro, tanto que no po-

dría hacerme bucles ni adornarlo con murciélagos. Me coloco mi vestido de retazos y observo mi reflejo: las costuras que me cruzan el pecho, las que forman mi sonrisa en las comisuras de los labios, los lugares donde el doctor Finkelstein me remendó. Aguja e hilo y siniestros conjuros de medianoche.

Soy su creación, forjada en las oscuras y húmedas sombras de su laboratorio.

Una hoja seca se asoma por la costura que me recorre el interior del codo izquierdo –se me sale el relleno–, así que la vuelvo a meter rápido. Tengo que colocar bien las hojas de mi relleno y zurcirme.

–¿Lista? –pregunta Jack.

Al darme la vuelta, lo veo de pie en el umbral de la puerta con una maleta de terciopelo negro. Los fosos sin fondo de sus ojos son tumbas en las que caería feliz por siempre. Una araña –una de las de la boda– se escapa de la maleta y corretea por el asa hasta que cae al suelo y se cuelga por una grieta. Yo quería haber recogido hierbas del huerto –belladona y estramonio– para llevárnoslas, por si acaso, pero Jack me aseguró que no iba a necesitar tal cosa en nuestra luna de miel.

«Las pociones y los venenos no son necesarios fuera de Halloween», me había dicho.

Al parecer, no habrá ninguna necesidad de envenenar a nadie ni de sumirlo en un sueño mortal. Pero me cuesta trabajo imaginar un mundo donde no se necesiten tales cosas.

Me vuelvo para sonreírle –las costuras de mis mejillas se estiran al máximo– y me agarro a los fornidos huesos de su brazo. Mi marido. El hombre al que he amado durante tanto tiempo y de una manera tan intensa que sentía que me iba a desgarrar. Salimos juntos al fresco crepúsculo de Halloween.

Al llegar a la entrada principal de nuestra casa, vigilada por dos gatos de hierro con el lomo arqueado, Jack abre la verja y nos encontramos con la muchedumbre que nos está esperando –ansiosa por ver al rey y la reina recién casados–. Antes de empezar a hablar, carraspea.

–Mi esposa, Sally, y yo nos vamos de luna de miel –anuncia con una sonrisa que deja ver todos sus dientes, como granos de maíz–. Volvemos mañana. Si pasa algo, el alcalde se encargará.

El alcalde, que está quieto junto a uno de los gatos de metal con grandes colmillos, se pone

tenso al tiempo que su cabeza gira y revela una mueca de disgusto y una profunda preocupación en sus ojillos.

—¿Crees que es buena idea, Jack? —pregunta nervioso—. Tal vez deba hacerse cargo otra persona. O tal vez debamos elegir un comité. No estoy seguro de poder tomar decisiones si surge algún asunto importante. O quizá sea mejor posponer la luna de miel hasta después de Halloween. Solo faltan dos semanas —le recuerda a Jack— y la primavera es una temporada perfecta para viajar. O, mejor aún, no os vayáis de luna de miel y ya está.

—Lo vas a hacer muy bien —le dice Jack dándole una palmadita en el hombro.

El alcalde revela un rostro sonriente por un instante, como si durante una fracción de segundo se creyera capaz de cumplir con su función, pero luego su semblante vuelve a cambiar: tiene los labios de un azul lóbrego y se ve el terror en sus ojos.

Sin embargo, Jack no se inmuta ante la aprensión del alcalde —no es nada nuevo— y nos abrimos paso entre la multitud. Estrecha manos y acepta las felicitaciones de la gente de la ciudad, que se acerca mucho, demasiado, apretujándose contra nosotros, con las manos estiradas para despedirse.

Pero yo me retraigo; siento los ojos de todo el mundo sobre mí como espinas clavándose en mi piel de lino. No estoy acostumbrada a recibir tanta atención; sus blanquísimos ojos son como fantasmas asomándose a mi alma vacía, examinándome, juzgándome. «Sally, la muñeca de trapo, nuestra Reina de Halloween.» Un pensamiento me corroe: tal vez crean que no soy digna del título. «Una muñeca de trapo nunca debería ser reina.» Una muñeca de trapo debería volver a las tinieblas del laboratorio del doctor Finkelstein, al frío, al aislamiento y a la soledad.

Me miran como si quisieran comerme entera.

Algunos tal vez fuesen capaces de hacerlo.

Entonces, atisbo un destello blanco a mi izquierda y aparece Zero abriéndose paso entre los curiosos. Me roza cariñosamente el codo con su refulgente nariz de calabaza y yo lo acaricio. Tiene un pelaje fantasmal, suave y transparente, y lleva las orejas caídas. La opresión que siento en el pecho se acalla y Zero me dedica una gran sonrisa. Para él soy la misma del día anterior, la misma de antes de que me casara con Jack, de antes de convertirme en reina.

Con Zero flotando a mi lado, sigo a Jack por el

CAPÍTULO UNO

centro de la ciudad, esquivando a los últimos miembros de la muchedumbre, justo cuando Lock, Shock y Barrel –también tristemente conocidos como los Chicos de Oogie Boogie– me gritan:

–¡Te echaremos de menos, Reina de Halloween!

Se han quitado sus disfraces para pedir caramelos, mostrando sus verdaderos rostros –por extraño que parezca, idénticos a sus máscaras–, y sonrían como los chiquillos que son. Sin embargo, tras sus brillantes ojos siempre se oculta cierta malicia que revela que no son de fiar. Pero no es su gesto ni sus risitas conspiradoras lo que hace que un escalofrío me recorra las puntadas desiguales de la espalda, sino cómo me han llamado: Reina de Halloween.

Es la primera vez que lo oigo en voz alta y me retumba en los oídos mientras nos adentramos en el bosque, en las Tierras Remotas, hasta llegar al círculo de siete árboles.



–¿En serio es seguro? –le pregunto a Jack, cuyo rostro queda empañado por las sombras de las imponentes y espinosas ramas que lo envuelven.

No ha habido viento durante nuestro trayecto por el bosque; sin embargo, ahora los árboles se agitan, invitándonos a acercarnos. Estamos en el círculo de siete árboles que llevan a las siete fiestas, donde el año pasado Jack se coló en la ciudad de la Navidad para secuestrar a Santa Clavos.

Yo nunca he salido de Halloween, nunca me he aventurado más allá de sus fronteras, y miro a mi alrededor casi sin aliento, maravillada ante cada árbol tallado, cada uno con una peculiar puerta.

Un trébol verde de cuatro hojas adorna el árbol del Día de San Patricio; fuegos artificiales rojos, el del Día de la Independencia; un pavo gigante, el del Día de Acción de Gracias; un huevo color pastel, el de la Pascua; un árbol de Navidad con bolas y lucecitas, el de la ciudad de Navidad, y, por último, una calabaza sonriente, nuestro hogar: Halloween.

Un momento después, Jack se acerca al árbol con la puerta que tiene un corazón tallado. Junto al tronco, hay una caja de rayas rosas y blancas.

—Claro —dice, reflejando la emoción. Él ya ha estado en todas las fiestas, en todas las ciudades, excepto en esa. Estaba reservando ese árbol para

CAPÍTULO UNO

mí-. Supongo que la ciudad de San Valentín será la más asombrosa de todas. Y vamos a poder verla juntos.

Me da un beso en el dorso de la mano, clavando sus ojos en los míos, y abre de un tirón la puerta en forma de corazón que está incrustada en el tronco del árbol. Un suave y cálido viento sale del interior con un leve aroma a galletas y rosas silvestres.

Nunca había olido nada tan delicioso.

De todos modos, estoy nerviosa y no paro de darle vueltas al anillo de casada que llevo en el dedo, blanco como un hueso, mientras recorro con la mirada las letales hiedras de belladona que tiene grabadas en la superficie: una planta que simboliza mi libertad, lo que hice para escapar del doctor Finkelstein, al que envenené lentamente con belladona del huerto. «Ahora eres libre», me recuerdo, pues, aunque siento un hormigueo en el pecho a causa de la curiosidad, también siento en el estómago el aleteo de un cuervo.

Sin embargo, cuando alzo la mirada hacia Jack, sus ojos de luna nueva aplacan al cuervo inquieto y hacen que las comisuras de mis labios se eleven.

LARGA VIDA A LA REINA DE HALLOWEEN

–Confío en ti –le digo, porque así es, más que en nadie en el mundo.

Jack asiente y avanza con sus largas piernas de araña al interior del árbol, tirando de mí tras él.